

# Todas las hadas del mundo y todas las brujas del universo

por **Emili Teixidor**

**P**ara empezar era una mujer de edad indefinida, ni muy vieja ni muy joven, medio boticaria medio curandera, dueña de una tienda de plantas medicinales y potingues milagrosos en una calleja del barrio, una herboristería con el nombre pretencioso y ridículo de «Los jardines del Edén», que los viejos decían era el título de una película de Gary Cooper y Marlene Dietrich del año de la pera. Yo y mis compañeros creíamos en aquellos tiempos que los seres indefinidos eran aquellos que no tenían principio ni fin como los héroes inmortales de las leyendas griegas. Nadie sabía en el barrio a ciencia cierta el origen de «Los jardines del Edén» ni se atrevía a adivinar su final. Decían que la Tía Cachirulo era medio hada y medio bruja, según en humor de los vecinos y de la boticaria, y tenía un aspecto fuerte y ágil, aunque cuando se inclinaba para atender a alguno de sus clientes podía parecer una anciana graciosa y presumida e incluso se insinuaba una levísima joroba en su espalda, que cuando reiniciaba su trabajo de ordenar potes y clasificar hierbas parecía una ilusión debida a la inclinación curiosa de su espinazo en atención al cliente agobiado. Vestía siempre de negro pero la luz de sus ojos, la blancura de su sonrisa y el relumbre de las joyas de colores que siempre llevaba con mucho disimulo, la transformaban en un personaje luminoso y coloreado. Llevaba pendientes

de oro medio ocultos por el sombrero, collares de plata medio ahogados por los chales y mantones, anillos de piedras brillantes medio sepultados por un solo guante que cambiaba de manos constantemente, e incluso broches y hebillas medio escondidas entre faldas y delanteras... Parecía siempre suspendida en el aire porque sus vestidos largos y amplios ocultaban las escaleras en las que se encaramaba para ordenar frascos y almacenar pócimas, como a medio camino de todo, sin ganas de llegar nunca a nada ni a ninguna parte.

Lo más sorprendente y misterioso de su botica eran dos frascos de forma alambicada que presidían la pared central, justo encima del mostrador de madera vieja lleno de cajitas, bolsitas y vasijas, entre dos accesos al interior de la casa, sin puerta, disimulados sólo con un velo de distinto color, azul la de la derecha y rojo la de la izquierda, que según las habladurías del barrio comunicaban con el más arriba y el más abajo, respectivamente. Los frascos parecían vacíos, y eran de un cristal tan transparente que desaparecían de la vista si uno no se fijaba mucho en ellos. Y ocurría que si uno clavaba mucho tiempo los ojos en ellos, como hacíamos todos los chicos apretando la cara en los cristales de la puerta de la tienda hasta que la Tía Cachirulo nos echaba a escobazos, los frascos cambiaban de tamaño y aparecían en su interior formas y colores extraños,

como corriente marinas en un océano embotellado. Algunos chicos decían haber contemplado sirenas prisioneras y hadas melancólicas, y algunas chicas navegantes perdidos y buques fantasmas.

Había una diferencia entre el frasco de la derecha y el de la izquierda. En el primero aparecían siempre visiones agradables y en el segundo escenas inquietantes. O así nos parecía a nosotros. Otra habladuría que aumentaba el misterio era la que se preguntaba de dónde procedían las hierbas y sustancias que poblaban los estantes de «Los jardines del Edén», ya que nunca nadie, aseguraban, había visto un solo proveedor descargar sus mercancías en las puertas del establecimiento. Y los clientes, casi todos extraños al barrio y, según decían, aquejados por enfermedades distintas a las normales que padecían la mayoría de los vecinos, nada de catarros o gripes o torceduras de pies, sólo enfermedades intelectuales, según los entendidos, como melancolía, ansiedad, celos del aire, pasión lejana, añoranza próxima, decaimiento espiritual o quimera frenética, entre otros males de la mente.

Los chicos y chicas del barrio no nos atrevíamos a entrar en la herboristería si no era en grupo y a escondidas de nuestras familias. Comprábamos caramelos de menta, barras de regaliz o frutas confitadas y aprovechábamos para echar una ojeada por la tienda, atisbar qué misterios ocultaban las cortinas de las



MANUEL BARBERO.

puertas del más arriba y el más abajo y observar de cerca la cara y las manos de la Tía Cachirulo por si descubríamos indicios ciertos de su condición de bruja oculta o de hada disimulada. Aprovechábamos la visita, a la salida, ya en la calle, para apoyarnos contra la pared de casa y marcar con una raya seguida de un nombre y una fecha, la altura de cada uno de los componentes del grupo. Era una excusa más para pasar por delante de la tienda y comparar nuestra estatura al paso de los años. En una ocasión, el compañero más atrevido, se arriesgó a preguntar qué contenían los dos frascos misteriosos de la pared del mostrador y la Tía Cachirulo dijo con mucha seriedad: «Todas las hadas del mundo y todas las brujas del universo». Entendimos,

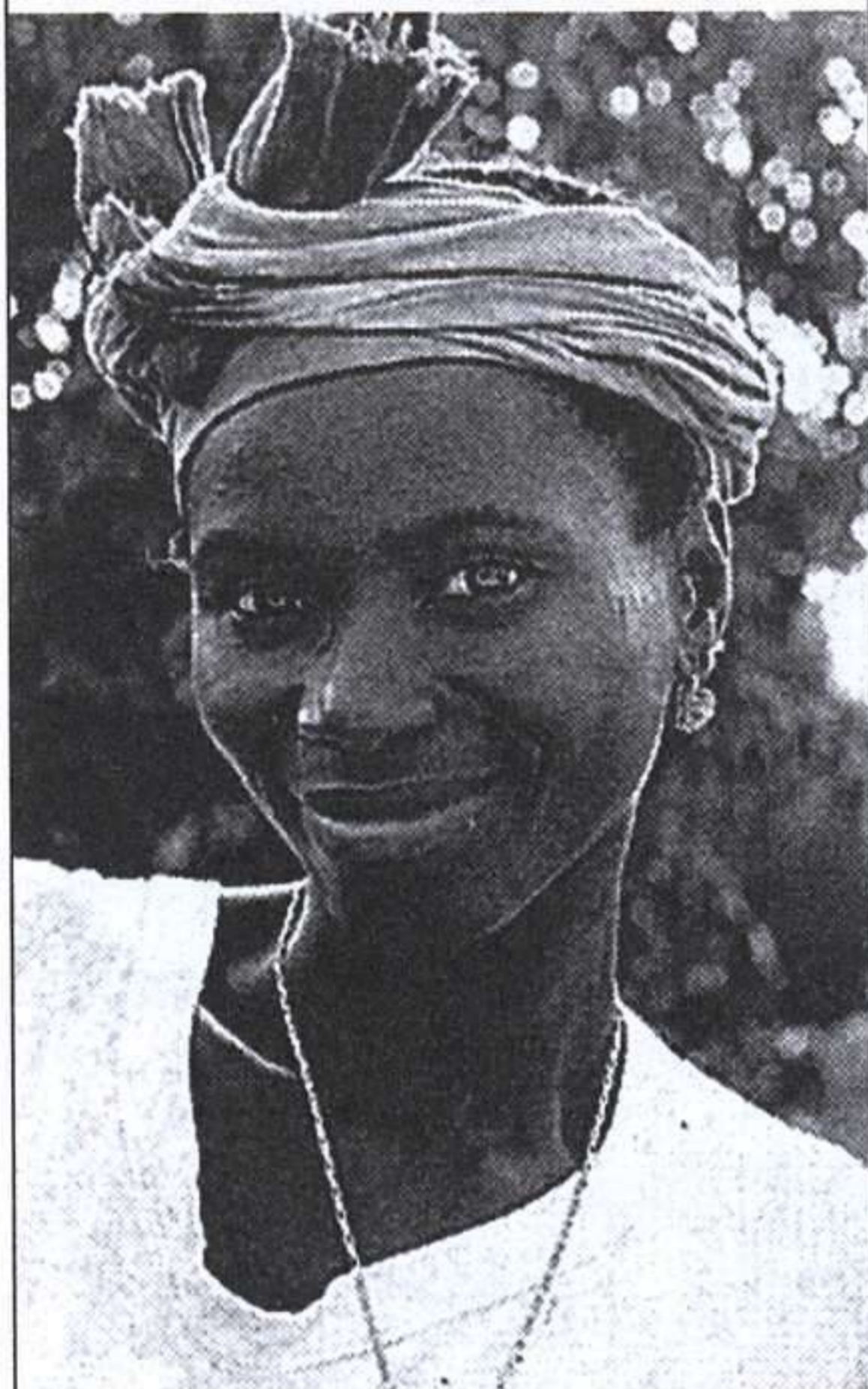
sin preguntar más, que las hadas se hallaban en el frasco de la derecha y las brujas en el de la izquierda.

En otra ocasión, pasados unos años, y cuando ya empezábamos a tomarnos a broma aquel escenario que había representado un mundo misterioso años atrás, el mismo atrevido compañero se lanzó a preguntar como si reanudara una conversación interrumpida hacía poco: «¿Cómo pueden contener unos frascos como esos a todas las hadas del mundo y a todas las brujas del universo? ¡Eso en el supuesto de que existan hadas y brujas, que todo eso son sólo patrañas!». Y entonces la Tía Cachirulo se dirigió a la puerta, la abrió, y cuando pensábamos que nos iba a echar a la calle por insolentes, nos invitó a contemplar la pared

en la que habíamos ido grabando a través de los años nuestras respectivas tallas y dijo: «Del mismo modo que esa pared contiene vuestro desarrollo completo desde el primer estirón, el mapa de vuestra infancia».

Poco después, todos entramos en esa edad indefinida en que empezamos a abandonar, casi sin notarlo, pedazos de la infancia en cualquier esquina o rellano de la escalera de vecinos, y empezamos a pisar con timidez y desconcierto los primeros salones de ese lugar rutilante, atractivo y lleno de estancias secretas e inexploradas, por fin a nuestro alcance, que es el palacio de la juventud, según palabras de la Tía Cachirulo, más adelante una vieja amiga. Hay un momento decisivo, según ella, en el que du-

macamat gràcies jarejef  
 merci terimah kasi  
 aarama tatenda bantiox  
 obrigado  
**Gracias**  
 Thank you jarejef  
 terimah kasi eskerrik asko  
 tatenda jaarama obrigado



... a todos los que hacen posible que el mundo cambie

**Gracias**  
por colaborar con nosotros

**Manos Unidas**

**Comité Ejecutivo:**  
 Barquillo, 38-3º. 28004 Madrid.  
 Tel.: 308 20 20. Fax: 308 42 08

damos entre seguir adelante y entrar definitivamente en los mundos de más arriba y de más abajo, entrevistados entre cortinas y vestíbulos, o quedamos inmobilizados de por vida ante las puertas del palacio, vagando por los jardines brumosos de la infancia, empequeñecidos por la dimensión colosal del edificio que se nos ofrece. Esa es, explicó en su día Tía Cachirulo, la forma corriente, fácil y vulgar de convertir en enanos a los indecisos o perplejos que no se atreven a seguir adelante. La magia, dijo, a veces sólo consiste en dejar que la naturaleza muestre esos contrastes.

Un día me peleé con más fuerza que nunca con el compañero atrevido y robé un beso a la compañera más alta. Ese día coincidió con la entrada de un equipo de albañiles en casa, para proceder a restaurar el edificio que se caía de viejo. Tuve que hacer limpieza de mis trastos a toda prisa, y decidir qué cosas de mi pasado quería conservar y cuáles tenía que abandonar definitivamente. Elegir entre

los nuevos objetos que identificaban mi estrenada juventud y los que pertenecían al pasado. Elegí los primeros. Metí el resto en un saco y cuando iba a echarlos al contenedor, mi madre me dijo: «Mejor entrégalos a la Tía Cachirulo. Ella sabe aprovechar esas cosas inservibles». Así se aclaró en parte el misterio de los proveedores.

La Tía Cachirulo aceptó los trastos de buena gana. Y mientras ella los iba sacando del saco como si se tratara de regalos preciosos, yo observaba de nuevo los dos frascos que ahora me parecían de distinto tamaño, ligeramente más pequeño el del lado azul y un poco más grande el del lado rojo. Hice la pregunta, como si reanudáramos la misma conversación iniciada años atrás con el compañero atrevido que ya no era amigo ni audaz: «¿De verdad...?». Pero ella me hizo un signo de silencio con el dedo. Se levantó e indicó que la imitara, nos acercamos a los frascos, nos subimos a una escalerilla de mano uno por cada lado, destapó el primer frasco y dijo: «Huele». Parecía vacío y, sin embargo, desprendía un aroma suave, lejano, como de jardín abandonado. Hizo lo mismo con el segundo y noté un perfume intenso, fuerte, como un mareo.

«A partir de ahora —me dijo— todos tus actos van a ir acompañados de una de las dos fragancias. Cada vez las vas a notar más. Son los perfumes de la nostalgia y del deseo. El olor que como un halo acompaña la aparición de todos los seres mágicos, hadas, brujas o como tú quieras llamarlos». Y añadió, ante mi incredulidad de joven inexperto: «No te rías. Recuerda que todas las apariciones y los mejores encuentros se producen en la memoria y en la imaginación». Repitió: «La nostalgia y el deseo».

Así descubrí, hace ya tiempo, que el ambiente de misterio que rodea la aparición de cualquier ser singular, extraño o deseado —todos los seres queridos que se cruzan en la vida—, no es más que un perfume de nuestra imaginación. Y que a la larga, a veces muy a la larga, todos se convierten en seres invisibles, a los que sólo podemos evocar por el rastro de la profunda fragancia que conserva en su memoria. La misma que descubrí por primera vez en los frascos de «Los jardines del Edén».



MANUEL BARBERO